

# Inside the RAND Corporation and Out: My Story

by Anthony Russo



## LOS PAPELES DEL PENTAGONO

# EL CASO DE ANTHONY RUSSO

cion. Una colección de cerebros encarrilados convencionalmente sólo era capaz de organizar actividades convencionales. Cada año se celebraba una conferencia sobre un tema de interés público. En el curso 1963-64 corrió a cargo del profesor Morgenstern, y, con la colaboración de Tony Russo, giró en torno a los «Aspectos económicos del programa espacial». Acudieron las lumbreras especializadas y se dedicaron a elucubrar sobre de qué forma afectaban tangiblemente a las gentes y cómo se podrían medir los beneficios efectos de la exploración del cosmos y su programa. El ojo crítico de Russo caló detrás de los figurones invitados: sólo se preocupan de su prestigio y vanagloria. Huelga decir que la conferencia fue perfectamente inútil. Los «expertos» eludían las cuestiones fuera de programa y se aferraban a las trivialidades establecidas. Eran la negación de la creatividad intelectual. «Si el dinero no se gastaba en el espacio, probablemente no se gastaría en nada». Tony se reafirmó más aún en el convencimiento de que el programa espacial era sencillamente una forma de encubrir la investigación en torno a los misiles balísticos intercontinentales.

## LA GRAN MIXTIFICACION, LA R. A. N. D.

La siguiente etapa de la odisea vital de Tony Russo fue la RAND (Research and Development Corporation), uno de los grandes «tótems» de los USA en su más alta expresión de la alianza militarismo-capitalismo, un «santitasanctórum» de la ciencia y la tecnología al servicio del sistema dominante y sus grandes intereses militar-industriales. Tony Russo escribe que su entrada en la RAND fue una mera consecuencia de la dirección que hasta entonces llevaba su existencia, «una peculiar ambición». Se sintió atraído por el mito de que en la RAND «se estudiaban decisiones estratégicas», y dado que desde niño, desde la década de los 50, le preocupaba «la bomba», creyó que dentro del vientre de la ballena podría «llevar la cordura al área donde se planificaba la defensa» del país. Por aquel tiempo ya habían ocurrido y estaban ocurriendo cosas importantes, tal vez decisivas en la Historia de los Estados Unidos. Alcanzaba su punto culminante el hoy frustrado movimiento de los derechos civiles de los negros. Se había producido la marcha de Luther King sobre Washington; «Malcolm X» empezaba a ser conocido en toda la nación y se hablaba a todas horas de los musulmanes negros. Ya estaban en Vietnam los «conseje-

**A**NTHONY Russo es un caso arquetípico de la «larga marcha» de la inteligencia insobornable hacia la verdad. Nacido de una familia pequeño-burguesa del Sur, Suffolk (Virginia) —«half-breed Italian» (medio italiano) se define a sí mismo—, se prepara, tras una infancia que es «a la vez una experiencia alienante y humanizadora», entre los WASPS —la «élite» de protestantes anglosajones blancos— de las plantaciones, en que todavía quedan vestigios de la esclavitud abolida en el papel, se prepara, decimos, para emprender una brillante carrera en el marco del «establishment» norteamericano. Sus años escolares y sus primeros empleos son una brillante sucesión de éxitos y triunfos intelectuales: estrellas de oro, laureles en el equipo de fútbol impregnado de la «tradición de machismo del Sur», presidente de la «fratertinity» apolítica estudiantil, graduado del Instituto Politécnico de Virginia, admitido en el famoso laboratorio espacial de la NASA, graduado de «master» con una beca para Física del Plasma de la Universidad de Princeton... Todo va bien, todo se presenta favorable y atractivo hasta el asesinato de John F. Kennedy en Dallas, que marca para Anthony Russo un primer toquecito de la mano aleccionadora de la vida.

En medio de su alienación de buen muchacho que va haciendo una magnífica carrera, Anthony Russo es un hombre que piensa, que tiene la funesta manía de querer ver claro en lo que le rodea. Y, además, no carece de cierto sentido del humor, esa actitud del espíritu que pone una distancia con relación a las cosas para observarlas mejor, para no dejarse envolver por ellas. Así, dice, preocupado por «la bomba» en la década de los 50: «Eisenhower me parecía totalmente capaz de adormilarse, caer de su silla y apretar, por accidente, el botón con el codo». Se da cuenta en seguida de que el objetivo kennedyano de la incitante «Nueva Frontera» —llegar a la Luna en diez años— es un truco, es, en realidad, una añagaza que hace de la NASA «un frente para la investigación militar». Decide abandonarla, y con ella, la ingeniería. Se va a Princeton, que señala un cambio de rumbo profundo en su trayectoria. De las ciencias físicas pasa a las humanidades. En la cosmopolita Universidad del «establishment» del Este, el joven ingeniero «master», que duda de «la utilidad de la ciencia, porque cree que el mundo está atiborrado de ella», se matricula en la Escuela Woodrow Wilson de Asuntos Públicos e Internacionales.

Es 1963 el año del magnicidio. Anthony Russo pasa su último curso en la Woodrow School bajo

las inefables emanaciones intelectuales del profesor Oskar Morgenstern, quien, con el matemático John von Neumann, es el fundador de la demencial y sutil «teoría de los juegos» («game-theory»). Se trata de una complicada construcción matemática aplicada a la defensa militar en cualquier emergencia. «It was chic» («era de buen tono»), dice Russo, pero de escasa aplicación práctica. Todo el mundo hablaba de ella por una especie de sugestión mitológica. Y llegó a confundirse con un segundo tipo de juego inventado y practicado en los famosos «depósitos de ideas» gu-

bernamentales. Este otro juego no tenía nada que ver con la pura «game-theory»; se trataba de un grupo de personas sentadas ante una mesa cubierta de mapas y que tiraban los dados, reminiscencia infantil del juego de los submarinos con que muchos adolescentes tratan de burlar la austeridad y aburrimiento de las salas de estudio esquivando a los vigilantes. Era una especie de trazado de escenarios y redacción de guiones —protagonista, la muerte— en el que, por casualidad, surgían interesantes cuestiones de dinámica confrontación nuclear.

Este era el ambiente de Prin-

ros militares». Existía, pues, un clima de inquietud y de que había que «comprometerse» en cambiar las cosas para mejor. ¿Y qué frente mejor para un científico llevar a cabo su lucha que la RAND Corporation, que abarcaba desde las cuestiones termonucleares hasta la investigación sobre Vietnam? Tony Russo dice que sus amigos se mostraban escépticos y que él sólo creía que «el vientre de la ballena podía ser un lugar interesante para trabajar».

En junio de 1964, Anthony Russo llega a la sede de la RAND, en la localidad pelicular de Santa Mónica, poblada de los melancólicos fantasmas de la ya lejana edad dorada del cine. No vamos a transcribir aquí la descripción del ambiente hermético, inquisitorial y ambiguo de ese cuartel general de la investigación secreta, que en muchos aspectos supera a la CIA. Los «cerebros» circulan por los largos corredores «evitando incluso el contacto de las miradas», sin expresión, distantes. Anthony Russo se presenta al jefe de su departamento, un economista «terco», un «old hand» que había andado por Washington y que hablaba la jerga característica de la Defensa. El deseo de ir a Vietnam no era el mejor camino para abrirse paso en su departamento, para eso había otros medios más indicados: Ciencias Sociales, Logística, Ingeniería. «Apelo a mi "ego" diciéndole que necesitaba enormemente la clase de superior categoría intelectual que yo iba a aportar», escribe Anthony: cálculo de sistemas de armas para la aviación a base de «una refinada metodología estadística». Tal fue su primer trabajo. Pero no perdió el tiempo en él, lo aprovechó para leer todo cuanto pudo de los archivos generales de la RAND. En ellos se podía encontrar, por ejemplo, un estudio sobre el asesinato de Kennedy titulado «Proyecto Star», trabajo especial, clasificado como más que «top secret» (secreto máximo). Sólo contadas personas sabían de su existencia. Otros estudios versaban sobre la posición de los Estados Unidos en la negociación para la guerra de Indochina, especialidad de un amigo íntimo de Henry Kissinger.

La «cerebrera» era, con todo, aburrida; no había diálogo ni estímulos intelectuales. Pasaron meses hasta que Anthony Russo encontró lo que habría de ser el punto de partida de su camino de Damasco en forma de un documento secreto, no publicado hasta entonces, titulado «Vietcong Motivation and Morales Project» («Proyecto sobre la moral y la motivación del Vietcong»). Era un encargo hecho a la RAND por el Departamento de Defensa por

millón y medio de dólares. Los datos procedían de entrevistas con prisioneros e infiltrados de Vietnam del Norte. Se iba a formar un equipo RAND para ir a Vietnam. Hacía años que la Corporation estaba interesada en el trabajo, pero no se había podido hacer nada porque el viejo y asesinado dictador Ngo Dinh Diem se había negado a que ningún americano se entrevistara con los prisioneros. El objeto del estudio era aportar ideas para la guerra psicológica y dar un buen informe sobre la naturaleza del Frente Nacional de Liberación.

En este punto hay que hacer constar que Russo todavía compartía la visión del Vietnam de la época de Kennedy... y, lo que es más lamentable, la idea que todavía sigue manteniendo Nixon: una conspiración comunista. Pero ahora se le presentaba una ocasión de averiguar sobre el terreno, de ver y oír por sí mismo la verdad sobre esta guerra atroz y fantástica. Iba a poder «hablar con los fantasmas que desafiaban al poderío norteamericano». Ahora, tras abundante documentación, pensaba que «los vietcongs eran probablemente patriotas». El hecho de que sus ideas ya no encajaban con las de la política oficial ni con las de los «expertos» de la RAND, le llevaba a sospechar que «tal vez existían secretos importantes o que desconocía determinados conceptos complicados que sólo los iniciados podían captar». «Todavía no

era un rebelde —escribe Anthony Russo—, porque estaba presto a conceder a la sabiduría convencional el beneficio de la duda. Quería estar equivocado. John Fitzgerald Kennedy, que había sido mi héroe, había apoyado la intervención en Vietnam. Quería yo que estuviese él en lo cierto».

En el otoño de 1964, Russo habló con varias personalidades de la RAND para entrar en el «Vietcong Motivation and Morales Project», pero se le rechazó de plano.

Cuando al cabo de seis meses de decepciones y de llegar al convencimiento de que la RAND era cualquier cosa menos «una comunidad de universitarios», porque un lugar donde todo el mundo oculta secretos no puede llamarse tal, por ser una contradicción en los términos, le llegó la noticia de que había sido elegido para ir a Vietnam.

### EL VERDADERO ROSTRO DEL ENEMIGO

Anthony Russo llega a Saigón en febrero de 1965. En el aeropuerto de Tan Son Nhut le esperaba otros miembros del cuadro de la RAND destacado allí. Se aloja en un hotel próximo al palacio presidencial y a la vuelta de la esquina de la villa ocupada por la Corporation en la capital survietnamita.

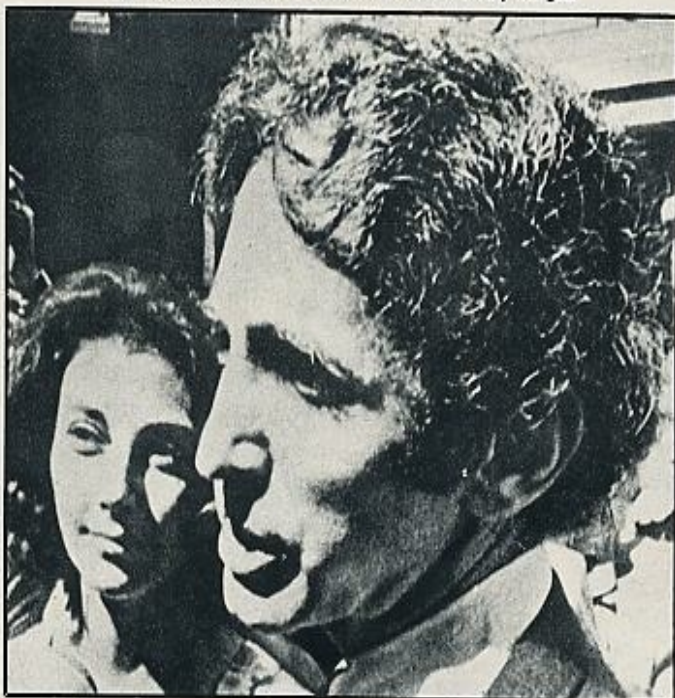
Hacia meses que el «team» RAND entrevistaba, con la, cola-

boración de profesores saigoneses, a prisioneros y desertores del Vietcong. El resultado de estas entrevistas era que los hombres del Vietcong luchaban por un ideal y que sus mandos se entregaban en cuerpo y alma a su empresa. El informe presentado por el «team» provocó estas palabras del secretario ayudante de Defensa para los Asuntos de Seguridad Internacional: «Si lo que ustedes dicen en este trabajo es verdad, estamos luchando al lado de los que no tienen razón». Daniel Ellsberg, el hombre que reveló los papeles del Pentágono, se encontraba en la reunión. «Pero este asesoramiento no era el que necesitaba el Pentágono —dice Anthony Russo—, y poco antes de que yo llegase, los profesores habían sido enviados a casa». Esto significaba que se había nombrado otro director y otro equipo para que elaborase otro «informe» y, por consiguiente, otra «verdad», lo que demuestra que en los Estados Unidos la sacrosanta y objetiva ciencia está al servicio de la política. El nuevo director, León Gouré, era un halcón que se avenía bien a lo que la RAND había contratado y que sacó conclusiones que justificaban el empleo de la US Air Force.

El trabajo de Russo consistía en supervisar a los entrevistados vietnamitas. Organizaba entrevistas con prisioneros procedentes de distintos puntos del país y formulaba cuestiones sobre las familias, los medios de vida y lo que pensaban de la guerra. Descubrió entonces que el Vietcong no era lo que le habían dicho. Eran valientes, decididos y afirmaban que lucharían hasta la última gota de su sangre para expulsar a los imperialistas americanos de su patria. Las gentes de las aldeas consideraban a los del Vietcong como «héroes de la liberación, que hablaban con humanidad y sencillez». Le impresionó su franqueza y pudo comprobar que el móvil de su lucha era «el deseo de vivir en paz y conservar su cultura libre de la dominación extranjera».

Cuenta Russo que una de las experiencias que más le impresionaron fue una conversación que sostuvo con un veterano luchador cuadro del «agi-prop», quien desde 1954 recorría las aldeas con un grupo teatral que daba recitales de poesía, entonaba canciones y animaba a las gentes a resistir. En la primera entrevista, el combatiente no ocultó su desprecio hacia Russo, pero al cabo de dos días de largas conversaciones, le recitó canciones y poesías, uno de cuyos versos decía: «Nuestro odio hacia los americanos es tan grande como el cielo». Russo dice que no le parecía que le odiase, y que, desde luego, él —Russo—

Daniel Ellsberg, un empleado del Departamento de Estado, interesado por las experiencias de Russo en Vietnam... Se hicieron muy amigos.



pijamas



# SAMPONS

...en el calor de la noche



en *Enkalon*<sup>®</sup> y *Terlenka*<sup>®</sup>  
fibra poliester

## EL CASO DE ANTHONY RUSSO

no le odiaba. Mirando hacia atrás, a través de aquellas entrevistas, el Vietcong iba adquiriendo un rostro ante los ojos americanos. Copias de ellas empezaron a circular entre los militares y los funcionarios, llegando a alcanzar gran popularidad. La misteriosa guerrilla empezaba a hablar por primera vez a los lectores desde unas páginas escritas en inglés. Era el resultado de 600 entrevistas. Hacía cinco años que la RAND pedía la publicación de las mismas, pero las 40.000 páginas no se habían dado a la luz pública. Russo apunta dos razones del secuestro: 1) Las entrevistas contenían relatos embarazosos de atrocidades y crímenes contra la Humanidad. 2) Revelan el rostro y, por tanto, la humanidad de los vietnamitas. La publicación de estas páginas habría hecho mucho más difícil la despersonalización de los vietnamitas como «gentuza», «malvados» y «terroristas». «Ya no podríamos continuar ignorando la cuenta de cuerpos de civiles (330 por día) y habríamos tenido que reconsiderar nuestras nociones imperialistas de "ayuda" a los países campesinos pobres del tercer mundo».

El paso del tiempo hizo ver claro a Anthony Russo «la clase de indecente prostitución a que estaba dedicada la RAND». A Gouré le importaba poco lo que se dedujese de las entrevistas: siempre encontraba argumentos para recomendar el empleo de las bombas. Apoyó los bombardeos sobre Vietnam del Norte por ser «tremendamente efectivos en debilitar al Frente», ganándose así las simpatías de la US Air Force. En 1965 aseguraba ya que el Vietcong estaba siendo derrotado —¿qué diría ahora?— y que su moral se derrumbaba.

Cuando en el verano de 1965 se presentó el problema de los refugiados en masa, había dudas sobre si ello perjudicaba a los americanos o al FLN. Gouré sacó la conclusión de que «la generación de refugiados» era beneficiosa, porque dejaba al enemigo sin apoyo estratégico, lo que sirvió de base para los planes del Ejército norteamericano de crear «refugiados» a propósito a base de destruir bosques y cosechas. Fue la época de la creación de las llamadas «aldeas estratégicas», verdaderos campos de concentración. Y en seguida se trajo a los B-52 para arrasarlo todo, en cuya decisión la RAND jugó un papel considerable. Cuenta Russo que vio a un viejecito sentado en una silla con un folleto apretado en una mano ilustrado con B-52 descargando bombas. El folleto hacía saber al lector que la zona iba a ser bombardeada el 17 de julio, debido a la presencia de tropas enemigas, y que se eva-

cuaría a la población. El viejecito dijo que el bombardeo se efectuó un día antes de la fecha fijada. Era él uno de los pocos supervivientes y estaba desolado, tembloroso.

No se puede por menos que transcribir este párrafo de las confesiones de Anthony Russo: «Cuando comparaba al Frente de Liberación Nacional, lleno de vitalidad y espíritu de libertad, con los estúpidos vietnamitas que luchaban a nuestro lado, resulta-

Lansdale. La primera conversación duró alrededor de una hora. Anthony describe a Daniel como «intenso, curioso», y dice que le causó una impresión de brillantez. Tomaba muchas notas durante la conversación, lo que producía en Anthony Russo la sensación de que le estaba entrevistando.

En los meses siguientes, Russo y Ellsberg se encontraron una media docena de veces en distintos lugares. Ellsberg leía a Lar-

ble que, por haber circulado en altos círculos, contribuyera a la caída del comandante en jefe de Vietnam.

(La amistad entre Anthony Russo y Daniel Ellsberg se torna más estrecha en 1968, cuando el primero estaba de vuelta en la RAND y el segundo venía de Washington. Trabajaban en el mismo edificio, casi puerta con puerta. Sus puntos de vista sobre Vietnam coincidían casi exactamente, y se comunicaban mutuamente sus experiencias; la de Anthony, a nivel del suelo, como dice él; la de Daniel, a nivel de decisiones políticas. Al principio se veían en las mismas oficinas, pero a las pocas semanas empezaron a comer juntos. Russo estaba entusiasmado por haber encontrado a alguien situado en una posición alta del «establishment» y ser opuesto a la guerra.)

El año y medio pasado en Indochina llevó a Anthony Russo a admirar la cultura asiática, y especialmente la vietnamita. El conocimiento de este pueblo le hizo sentir más vivamente, más dolorosamente el horror «de la máquina militar USA, que arrasa todo a su paso». Vea los miles de muchachas vietnamitas convertidas en prostitutas, las calles desnudas de sus bellos árboles para dejar sitio a los camiones gigantes y a Saigón cubierto por el «smog». Los camiones aplastaban vietnamitas «por accidente» mientras corrían a defender la ciudad. Estaba harto de tanto horror y de la petulancia y mezquindad de la RAND Corporation.

El contraste se hizo más agrio e insoportable a su regreso a Santa Mónica, donde todo transcurría en una atmósfera de frivolidad e indiferencia, como si la guerra no existiera o tuviera lugar en algún remoto punto del Universo. Pero, de todos modos, continuó allí un año más, tratando de cambiar las cosas. Redactó una evaluación crítica del proyecto Vietnam, trabajó en diferentes estudios de carácter socioeconómico relacionados con la guerra, la destrucción de las cosechas, sin intentar disimular su actitud antibelicista.

Hay un segundo viaje de Anthony Russo a Saigón relacionado con un estudio sobre la relación de los factores socioeconómicos y la adhesión de los campesinos al Vietcong. Un economista, E. J. Mitchell, sostenía que el apoyo al FLN era mayor en las áreas en que la tierra estaba mejor distribuida. Anthony Russo mantenía, basado en su experiencia vietnamita, lo contra-



Tony Russo permaneció cuarenta y siete días en la cárcel y dice que nunca llegó a sentirse culpable. En la foto, con su colaboradora.

ba claro que el Ejército de Saigón era en todo igual que los negros, los esclavos, los mercenarios. Los bombardeos norteamericanos, las misiones de limpieza y destrucción, los programas de fumigación química, las armas antipersonal, el napalm, este terrorismo legal y tecnológico, es millones de veces peor que todas las armas de que disponía el FLN».

### UN ENCUENTRO ESTELAR: DANIEL ELLSBERG

En este punto de la evolución mental de Anthony Russo surge Daniel Ellsberg. Acababa de llegar a Saigón y quería que Anthony le contase su experiencia de seis meses en Vietnam. Ellsberg era entonces un empleado del Departamento de Estado y servía a las órdenes del general Ed

tegy y se esforzaba por penetrar en la esotérica entraña del tema Vietnam. La idea que Anthony Russo se fue formando de Daniel Ellsberg era la de una persona que adoptaba una posición altamente crítica respecto a la mecánica de la política USA, sin dejar de aceptar su designio general, y que esperaba que en algún momento rectificaría sus errores. Poco antes de abandonar Vietnam, en el otoño de 1966, Anthony Russo tuvo ocasión de leer un documento de máximo secreto titulado «Roles and Missions Study», elaborado por un grupo especial y en el que Ellsberg había desempeñado una parte importante. Este documento tenía un fuerte carácter crítico, y recomendaba cambios considerables en la dirección de la guerra, como la disolución de ciertas unidades. Era una acusación contra Westmoreland. Y es muy proba-

# EL CASO DE ANTHONY RUSSO

rio. Se oponía a la destrucción de cosechas, porque, a través de sus datos y estudios anteriores, estaba persuadido de que por cada puñado de arroz que se quitaba al FLN, se quitaban cien a la población civil. RAND envió el estudio de Russo a McNamara, quien lo envió a Westmoreland preguntándole por qué un programa tan ineficaz se había venido llevando a cabo durante seis años. En Saigón, Russo no encontró más que silencios y actitudes de escurrir el bulto. Nadie quería saber nada de su estudio y su recomendación de suspender el programa de destrucción de cosechas. Westmoreland había inspeccionado las áreas fumigadas con herbicidas y comunicado a McNamara que «po día dar testimonio de la eficacia del programa». La destrucción de cosechas siguió adelante.

La tesis central de Anthony Russo de que «la guerra era un conflicto en que la fuerza militar era mucho menos importante que la lucha sociopolítica», fue recibida con frialdad en la RAND. En mayo de 1968 fue despedido con la excusa justificativa de «problemas presupuestarios». Todo el mundo quedó sorprendido, pero nadie dijo nada. Sólo Daniel Ellsberg se dirigió al jefe del departamento y expresó su protesta. «Daniel —escribe Anthony— era el único profesional de la RAND que se negó a comportarse como un preso».

## LA TRAVESIA DEL DESIERTO

Anthony Russo escribió estas líneas, que son un epitafio sobre la tumba del tiempo enterrado en la RAND Corporation. Tiempo, por otra parte, bien vivo, pues había sido el del trayecto de la clarificación de su mundo y la destrucción de todos los mitos norteamericanos que amueblan la falsa conciencia de tanto «ciudadano libre» de la gran República democrática, campeona de la libertad sobre la Tierra, defensora de la civilización occidental, etcétera, etcétera: «Cuando dejé la RAND y abandoné el "establishment", lo hice como miembro activo del "establishment" que había sido testigo de mentiras elaboradamente sintetizadas, mentiras formuladas matemáticamente, perpetuadas por gentes que son las primeras víctimas de su propia decepción. Había trabajado dentro del sistema casi continuamente durante trece años, desde el día en que entré en el programa espacial en 1956, en el laboratorio Langley, Hampton (Virginia), hasta el día en que salí de la RAND, 3 de enero de 1969».

Comienza un período de intensas y prolongadas reflexiones. Anthony Russo examina a fondo la década de los años sesenta, la década que conoció la mayor expansión de la historia del capitalismo. En este tiempo, «hombres obsesionados con abstracciones se adueñan del Departamento de Defensa» y, en palabras de Herman Kahn, «se piensa sobre lo impensable» en relación con la guerra termonuclear. Había que prepararse para el día del Armageddon, el día del encuentro supremo, y, en consecuencia, todo son planes, muchos planes, computadoras, diagramas, equipos. Era el tiempo de la obsesión analítica o de los análisis obsesivos. A partir de la abstracción terrorífica, se pasa a ampararse en el mito de la contrarrebión. Surgen una serie de tipos, como Charlie Wolf, de la RAND, y Henry Kissinger, de Harvard, que son el producto peculiar de la gran expansión capitalista y el mito de la contrainsurgencia.

El rompecabezas comienza a aclararse, las piezas sueltas se van articulando correctamente. Hay un lado que tiene la razón y un lado que está en el error en el debate sobre la guerra de Indochina. Por supuesto, el Rasputín del Imperio yanqui, Henry Kissinger, y Charlie Wolf están junto a Nixon y el Pentágono, vicarios de los fabricantes de armas y los grandes intereses capitalistas. Anthony Russo les define como «mentes lineales paralizadas por la paradoja» y «preocupados con abstracciones», incapaces de reconocer la diferencia entre la «impenetrabilidad de los hechos y la impenetrabilidad de la referencia». Henry Kissinger es una mente dictatorial, dominante, un egotista que cree que la política exterior debe ser ejercida aristocráticamente, a espaldas de la opinión pública. «Dos millones de muertos —escribe Anthony Russo— han sido sacrificados para demostrar que está equivocado, y todavía no lo reconoce».

Anthony dejó la RAND Corporation sin ningún pesar. Nunca se había sentido a gusto en la fábrica de informes por encargo. Su juicio sobre los profesionales que trabajan allí se resume así: «Estos hombres son pagados con el dinero de nosotros, los contribuyentes, y tienen muchas cosas que decirnos acerca de la guerra. La información que guardan en sus cabezas y los documentos secretos que conocen podrían hacer mucho para poner al descubierto los males de la política del Gobierno estadounidense. Uno de ellos hasta llegó a decir a Daniel Ellsberg que no quería verle cuando menos en

dos años. Cuando les pregunté cómo iban las cosas, el que estaba a mi lado en la mesa respondió con una declaración cuya inescrutabilidad ni siquiera la superan en Vietnam: "Tú sabes lo que pasa, Tony, nada cambia jamás"».

## LA HORA DEL DOLOR EN LA PROPIA CARNE

Confiesa Russo que al dejar la RAND atravesó un momento de crisis, no por perder «una carrera», sino por todo lo contrario, porque se le vinieron abajo todos los mitos liberales, en especial el de «barrenar desde dentro». La ballena es tan invulnerable en su vientre como en su superficie externa. No hay nada que pueda cambiarla. El perfeccionismo liberal es un cuento más.

Russo dice que no se cree superior, mejor, que ninguno de los demás miembros de la RAND, sino que su empeño era de otra clase.

Se dedica entonces a estudiar su propio país de la misma manera que lo hiciera con Vietnam. Tarea más fácil por cuanto que conocía mejor los Estados Unidos y podía atajar mucho en su camino. Recorrió el barrio famoso de Watts y trabajó en él. Vivió en los «ghettos» del East Side con amigos que le enseñaron las calles de Harlem y las «shooting galleries», sitios donde se inyectan heroína los «junkies» (desechos humanos). Estuvo a punto de ser acuchillado por tres negros que le tomaron por un proveedor de drogas. Visitó los «campus» universitarios cuando la huelga desatada por la invasión de Camboya en 1970. Trabajó en una institución judicial (Probation Department) para conocer mejor el aparato represivo.

El 13 de junio de 1971 surge el escándalo de los papeles del Pentágono. Sidney Zion, un periodista sin empleo del «New York Times», comunicó al mundo que el autor del acontecimiento era Daniel Ellsberg. La tarde del 19 de junio, agentes del FBI llamaban a la puerta de Anthony Russo:

—¿Es usted Russo?

—Sí.

—Queremos hablar con usted acerca de Ellsberg.

—No deseo hablar con ustedes.

—¿Tiene usted un abogado?

—Eso no les importa a ustedes.

Pero el FBI obtuvo en seguida una citación judicial. El 22 de junio, martes siguiente, Anthony Russo vio bloqueado su paso por un coche del FBI cuando regre-

saba en el suyo a casa. Saltaron dos agentes, que le dieron unas palmaditas en el hombro con la citación judicial. No estaba firmada por el fiscal general de los Estados Unidos, Robert Meier, quien se había negado a ello y había dimitido de su cargo. Los del FBI le dijeron que bastaba con la firma de un «clerk», un escribiente. Su procurador accedió, y al día siguiente, Anthony se presentó con un cepillo de dientes ante un Tribunal, dispuesto a ir a la cárcel. Estaba resuelto y convencido de una cosa: que no colaboraría con los inquisidores. No contaría su caso más que ante un Tribunal a puertas abiertas y nunca ante un Jurado que actuase como «sello de goma» para la acusación fiscal. El Jurado es un instrumento represivo de la rama ejecutiva en América, contradice su verdadera naturaleza, para la que fue creado en otros tiempos: proteger a las gentes contra las arbitrariedades de los Reves. Los «grand juries» pueden castigar o molestar a quienes no se sometan a sus mandatos; nadie que tenga firmeza moral y fortaleza de ánimo debe colaborar con ellos. Los Jurados pueden conceder a los testigos inmunidad procesual, independientemente de la voluntad de los mismos; entonces, los testigos se encuentran en situación de responder a cualquier pregunta que se les haga (sin la presencia de un asesor), o ser citados por desprecio al Tribunal y enviados a la cárcel. Esta situación fue la atravesada por Anthony Russo en el verano de 1971. «La acusación —escribe— estaba tratando de obligarme a ayudarla a echar mano a Ellsberg, quien, según oí, estaba marcado para la acusación por Henry Kissinger, uno de sus antiguos colegas».

Tony no fue encarcelado inmediatamente. Amparado en la quinta enmienda de la Constitución, se negó a testificar, y se mantuvo firme aun después de que se le concediese la inmunidad. Estuvo de cara a la cárcel seis veces a lo largo del verano, pasando por una serie de triquiñuelas legalistas y de artimañas curiales. En cada ocasión experimentaba un alivio al ver prolongarse su libertad unos días más. Pero la máquina represiva se había puesto en marcha y ya no se detendría. El 16 de agosto, el Tribunal Supremo le denegó la libertad condicional y hubo de ingresar en la cárcel del condado de Los Angeles a las seis de la tarde del mismo día. Pasó la noche sobre el cemento del suelo de una celda estrecha y a la mañana siguiente se le registró en el libro. La encargada del libro le exigió la entrega de las gafas, mientras Anthony trataba de convencerla de que las necesitaba para leer.



La RAND (Research and Development Corporation) —uno de los grandes «tótems» de los Estados Unidos en su más alta expresión de la alianza militarismo-capitalismo— fue una etapa en la odisea de Tony Russo.

comparecer ante el Tribunal el 18 de octubre. Pero no testificó jamás, porque el acusador, Nissen, saltándose las normas del proceso, le negó la transcripción de la testificación. Un mes después de que Nissen desobedeciese al Tribunal, el juez Ferguson declaró a Anthony Russo libre del cargo de desprecio al Tribunal («contempt of court»).

Pero apenas había pisado la calle, en una esquina de Los Angeles, Anthony fue agarrado, esposado, derribado y, con la cara contra el suelo, golpeado por dos oficiales de Policía. Se le hicieron dos acusaciones de «conducta desordenada» y de «oponerse a la detención», amén de conducir en estado de embriaguez. Está esperando el proceso.

«Tras seis meses de coerción y hostigamiento continuos, el acusador público pidió mi encausamiento, despreciando la inmunidad que me habían concedido en junio. Tengo la creencia de que el acusador me hubiera encausado ya en junio de no haber necesitado que les ayudase a echar mano a Daniel. El procurador general, Mitchell, se jactaba el verano pasado de que inculparía a quien fuera implicado en el asunto. Debe de haber decidido que soy peligroso, porque más de dieciséis agentes del FBI vinieron a intentar detenerme, amenazando a mis amigos por «dar refugio a un fugitivo», aunque la acusación era todavía secreta. En lugar de llamar a mi abogado e informarle de la acusación, me declararon «fugitivo» y emprendieron mi búsqueda. Mi abogado se enteró a tiempo, averiguó y comprobó el hecho y acordó mi entrega. Escapé por los pelos de ser arrastrado como un criminal y ser detenido bajo una fianza de cien mil dólares».

Esta es la historia inconclusa de un hombre honrado, perseguido por sus convicciones, al que no animaba otro propósito que el bien de su país. El y Daniel Ellsberg se encuentran ahora bajo la acusación «de conspiración para defraudar a los Estados Unidos y una de sus agencias».

Nada mejor que el propio Anthony Russo y las palabras finales de su escrito para cerrar esta historia de ignominia y amargura humanas:

«Hay algo mucho más en juego que el hecho de que Daniel se encara a ciento quince años de cárcel y yo a treinta y cinco. Como dijo William G. Thompson, uno de los abogados de Sacco y Vanzetti: «Tengo que decir a su señoría que un Gobierno que ha llegado a conceder más importancia a sus secretos que a la vida de sus ciudadanos, se ha convertido en una tiranía». ■ P. P.

Durante la inscripción, el detenido no ha de hablar; uno de los guardias le agarró por el brazo y le llevó a empujones por un pasillo, donde otros cuatro guardias se unieron al primero y le arrastraron juntos hasta una celda de «máxima seguridad» («el agujero»). «Lo absurdo de la situación —escribe Anthony Russo— empezó a profundizarse mientras estaba sentado en el suelo del «agujero». Me tuvieron allí toda la noche, me hicieron dormir en el suelo, me empujaron de un lado para otro y ni siquiera me dejaron hacer una llamada telefónica». Llegó a sentirse loco, y empezó a golpear en la puerta durante varios minutos, hasta que se abrió de repente e irrumpieron media docena de guardias, que le pusieron unas esposas, le encadenaron los tobillos y le juntaron las muñecas y los talones por detrás de la espalda. Cerraron la puerta y le abandonaron en esa posición, hecho un ovillo.

Anthony permaneció cuarenta y siete días en la cárcel, y dice que nunca llegó a sentirse culpable. El 6 de septiembre le trasladaron a la prisión federal de Terminal Island; allí le golpearon por negarse a que dos guardias se adueñaran de su diario. Sufrió varias lesiones: rotura de la uña de un dedo del pie, escoriaciones óseas y un abultado hematoma en la parte posterior de la cabeza. Por esta negativa fue arrastrado hasta el «comité de adaptación», donde se le acusó de «agitar y soliviantar a otros reclusos». Nada dijo el guardia que le había golpeado, y aunque Anthony intentó hacerle entrar en el diálogo, no despegó los labios. Los del comité permanecieron mudos cuando Anthony acabó de exponer su defensa, basada en la psicología del cambio de conducta. Tras deliberar en ausencia suya, el comité le absolvió de la acusación. Pero fue una victoria vacía.

Anthony Russo pidió al Tribunal que se le concediese una copia de su declaración al Jurado en el caso de decidirse a hacerla. Obtener una copia que pudiera hacerse pública equivalía a dejar entrar al público en presencia del Jurado. El Tribunal accedió, y Anthony se prestó a testificar. Salió de la cárcel y se le citó para

**FEIFFER**

**LAS LEYES ESTAN HECHAS PARA PROTEGER A LA SOCIEDAD.**

**CUANDO LOS CRIMINALES QUE VIOLAN LAS LEYES NO SUFREN CASTIGO...**



**LAS CONSECUENCIAS SON: CRECIENTE VIOLENCIA, CRIMEN EN LAS CALLES, ANARQUIA.**

**CUANDO LAS GRANDES CORPORACIONES VIOLAN LAS LEYES Y SUFREN CASTIGO,**



**LAS CONSECUENCIAS SON: BAJAS EN EL MERCADO, DESEMPLEO CRECIENTE, CRIMEN EN LAS CALLES, ANARQUIA.**

**POR ESO HAY QUE PERSEGUIR A LOS CRIMINALES**



**Y FOMENTAR EL CRIMEN ORGANIZADO DE LAS CORPORACIONES,**

**SI ES QUE QUEREMOS FORTALECER A AMERICA.**



4-16

© 1972 JULIUS FEIFFER